

Recientemente el biólogo soviético Bukovski fue objeto de un intercambio de prisioneros políticos con Corvalán, encarcelado en Chile. Se ha especulado sobre la moral de tales intercambios, llegando más allá: la ilegalidad del mantenimiento de prisioneros políticos, del encarcelamiento

de personas por mantener ideas, opiniones o actitudes distintas de los gobiernos de cuyos países son ciudadanos. Las críticas a los encarcelamientos de esta índole se han reavivado en esta circunstancia, y los partidos comunistas europeos se han manifestado en contra

de casos como el de Bukovski en la URSS (Marchais lo reiteró durante sus horas de tránsito por Madrid). ¿Quién es Bukovski, cómo piensa Bukovski? Unas declaraciones hechas por él a "Le Nouvel Observateur", que publicamos a continuación, servirán para esclarecer la posición política de este prisionero liberado.

Vladimir Bukovski

"es necesaria nuestra resistencia"

A sus treinta y cuatro años ha pasado más de once en las cárceles, los campos y los hospitales psiquiátricos de su país, la Unión Soviética. ¿Sus "crímenes"? La posesión de dos fotocopias del libro del yugoslavo Milovan Djilas "La nueva clase", haber organizado una manifestación en Moscú en pro de la liberación de los escritores Siniavski y Daniel, haber organizado una segunda manifestación a favor de tres escritores contestatarios, haber publicado en Francia el primer testimonio sobre los internamientos en hospitales psiquiátricos especiales: "Una nueva enfermedad mental en la URSS: la oposición".

Libre —a raíz de un canje que deshonra a los dos Gobiernos que lo practicaron—, Vladimir Bukovski denuncia, despiadadamente, con la dureza del "resistente" que ha optado ser, pero sin odio, con serenidad. Porque este hombre, al que se ha robado su juventud; este hombre, debilitado por sus huelgas de hambre y sus detenciones, no vive de resentimientos; sino de esperanza. La esperanza de un mundo en el que se respetasen los derechos del hombre, de todos los hombres, sean cuales sean sus opiniones.

¿Ingenuidad? ¿Anacrónico e irreal humanismo? Tal vez. Pero ¿qué justas sonaban las tres primeras frases que pronunció Bukovski a su llegada a Zurich: "Soy feliz de estar libre. Igualmente me alegra, aunque no comparta sus ideas, que el señor Corvalán esté en libertad. Debe proseguir la lucha en pro de la liberación de los prisioneros políticos de todos los países".

"¿Es usted comunista?", le pregunta un periodista. Sonrisa: "Nunca he sido ni comunista ni socialista. Sin embargo, hoy lo más importante —añade de inmediato— es la

constante lucha por los derechos humanos".

"¿Le gustaría venir a Chile?", le pregunta el embajador de Pinochet en Suiza. "Si se me ocurre, en algún momento, que ese viaje podría ser de utilidad para los presos políticos, ya sean chilenos, soviéticos, cubanos o de cualquier otra nacionalidad", responde Bukovski.

Decididamente, Vladimir Bukovski tiene una idea fija. ¿Es tan anacrónica?

—Usted fue detenido por vez primera en mil novecientos sesenta y uno: no había cumplido aún los veinte años. ¿Qué fue lo que hizo de usted a edad tan temprana un disidente?

VLADIMIR BUKOVSKI: La realidad soviética.

—Trate de ser más preciso.

V. B.—Ya lo soy: la realidad soviética. Eso basta... Digamos, sin embargo, que el catalizador fue la denuncia de los crímenes de Stalin a raíz del vigésimo Congreso: para mí estaba claro que todos aquellos crímenes no los podía haber cometido un solo hombre, por mucho poder que hubiera tenido. Pensaba yo por aquel entonces que quienes habían logrado sobrevivir tenían un deber para quines se habían quedado en el camino y era preciso hacer todo lo posible para que aquello no volviera a producirse. ¿Después? Después leí, leí mucho, todo lo que podía: libros prohibidos, novelas de los deportados, versos de poetas fusilados y también "No sólo de pan vive el hombre", de Vladimir Dudintsev, que me impresionó vivamente. Luego ocurrió lo de Budapest. Como cualquier persona normalmente constituida, me sentí asqueado y me incliné hacia posiciones muy radicales. Después, con el tiempo, he ido moderando mis ideas sobre los métodos que conviene emplear.

—¿Sobre los métodos de lucha contra el poder soviético?

V. B.—Nunca he pensado en una lucha dirigida contra el poder soviético, sino en pro de la defensa de los derechos del hombre: ese es mi auténtico combate. Por el momento, además, el movimiento de oposición en la Unión Soviética no se plantea el problema del cambio de sistema en mi país.

—El vicepresidente de la Asociación de Juristas soviéticos declara hace unas semanas en "Le Nouvel Observateur" que podían contarse con los dedos los presos políticos soviéticos. ¿Puede hacer usted un cálculo más ajustado a la realidad?

V. B.—Imposible hacer ningún cálculo. En la Unión Soviética hay doscientos cincuenta millones de presos políticos... No todos están sometidos al mismo régimen de reclusión o existen tantos regímenes distintos que sería arriesgado dar cifras correspondientes a cada uno de ellos. Vivir libre en la Unión Soviética es la más suave de las formas de detención.

—¿Quién son los presos políticos detenidos en prisión, en el campo o en el asilo?

V. B.—Los hay de todo tipo. Hay muchos que llevan en la cárcel desde la guerra por cuestiones nacionales: lituanos y ucranianos que han luchado contra la invasión y la dominación soviéticas. La última hornada está compuesta de gentes como yo, gentes que se me parecen, hombres y mujeres de mi edad, a quienes marcó el vigésimo Congreso. Nos parecemos porque nuestra motivación primera —se trata de un problema generacional— es la de negarnos a ser cómplices, aunque sea a través del silencio, de los crímenes cometidos. Es esa voluntad la que suscita la resistencia. Consideramos que no

participar en la resistencia equivale a participar en el crimen.

—Usted habla de "resistencia" en lugar de "disidencia". ¿A qué corresponde este cambio de vocabulario?

V. B.—La idea no es mía, pero estoy de acuerdo. La palabra "resistencia" me parece más apropiada a nuestro combate.

—¿A qué capas sociales pertenecen los miembros de la "resistencia"?

V. B.—En un principio de la "intelligentsia". Pero con el tiempo se unieron a nuestra lucha gente de los medios más diversos, sobre todo a partir de la invasión de Checoslovaquia en 1968. En los campos he tenido ocasión de conocer a muchos soldados que se negaron a participar en la ocupación. Todos ellos venían, como usted puede imaginarse, de los más diversos horizontes.

—¿Tiene usted noticia de que se produjeran en mil novecientos sesenta y ocho movimientos de rechazo colectivo en el Ejército?

V. B.—Sí, los hubo. Ignoro cuántos y de qué magnitud, pero sí llegaron a producirse. En el campo número treinta y cinco de Perm conocí a tres soldados que habían tratado de cruzar clandestinamente la frontera para no participar en la ocupación de Praga.

—En Occidente se tiene la impresión de que el medio de los disidentes está muy marginado del resto de la población soviética. ¿Es esto exacto o existen en el país formas de oposición o de protesta más vivas?

V. B.—Creo que la impresión de los occidentales es falsa. La difusión del samizdat (1) es muy amplia y afecta a distintas capas sociales. Siento no poder ser más preciso, pero sería difícil si no imposible: el samizdat pasa de mano

"Nunca he pensado en una lucha dirigida contra el poder soviético, sino en pro de los derechos del hombre: ése es mi auténtico combate".

que han ido modificando el clima. De igual manera, la ola de protestas que se extienden por el extranjero tiene una influencia sobre la Unión Soviética. Lo que significa que debe proseguir y amplificarse. Personalmente no puedo imaginar ningún cambio del sistema político existente en la Unión Soviética si no se basa en la libre expresión de los sentimientos y las inclinaciones políticas de mis conciudadanos.

—¿Las pasadas campañas han influido sobre el poder o sobre la población soviética?

V. B.—Hay que distinguir claramente por qué el Gobierno soviético no ha representado nunca a la población del país. Pero en la medida en que el poder se cimienta en un consenso mínimo que permite ser obedecido, las campañas tendrán influencia tanto sobre el poder como sobre la población.

—A su llegada a Zurich, usted describió las condiciones de detención a que están sometidos los prisioneros políticos en la Unión Soviética. Pero tanto de su testimonio como del de sus compañeros liberados antes que usted parece desprenderse la preferencia de los soviéticos por ciertos métodos de represión más refinados que las torturas físicas que emplean los dictadores fascistas...

V. B.—Exacto. Creo que eso se explica por la mentira y la hipocresía en las que se cimienta la máquina del Estado soviético, la propaganda es el pilar del aparato de Estado soviético, una necesidad absoluta para él, y la utilización de tortura física sería obviamente incompatible con esa propaganda. La Unión Soviética vive de la mentira.

Voy a darle un simple ejemplo: los lugares de detención han cambiado de nombre diez veces en sesenta años. Primero los llamaban "campos", luego "lugares de privación de libertad", más tarde, "colonias de readaptación por el trabajo", etcétera. Hoy en día se puede hablar de "establecimientos", sencillamente.

Este intento de enmascarar sistemáticamente la realidad es la

prueba de la utilización de la hipocresía como fundamento del régimen. Demuestra la grave necesidad de denunciar a ese régimen ante la opinión mundial para que ésta sepa cómo es en realidad. Demuestra también cuál es el miedo del régimen: un miedo profundo a la verdad.

—Usted aprobó el principio del intercambio del que se beneficiaron Luis Corvalán y usted mismo, proponiendo el intercambio de otros dos presos políticos del mundo, el chileno Jorge Montes y el cubano Huber Matos. ¿No teme usted que estos "intercambios" de oponentes consagren de hecho la existencia de dictaduras y les sirvan para reforzarse mutuamente?

V. B.—Que conste que yo sólo lo aprobé en segunda instancia: a mí no se me pidió opinión en un principio. Pero es verdad que me gustaría que se produjeran nuevos intercambios porque yo no veo las cosas como usted. Desde mi punto de vista, los intercambios consagran sobre todo la solidaridad que liga a la totalidad de los prisioneros políticos del mundo y la ayuda que pueden y deben aportarse mutuamente.

—¿Cómo se propone iniciar su combate "a favor de los presos políticos de todos los países"?

V. B.—Sé cuáles son mis dos primeras obligaciones: apoyar el llamamiento lanzado por varias personalidades occidentales a favor de mi amigo Eduardo Kuznetsov, y también comunicar a todo el mundo que los presos políticos de la cárcel disciplinaria de Vladimir—de la que vengo—llevan a cabo actualmente una huelga de hambre para protestar contra la supresión del derecho a recibir libros y suscribirse a periódicos. Periódicos autorizados, sin embargo, por el reglamento como la prensa comunitaria occidental o el "Correo de la UNESCO". Es preciso llevar a cabo una campaña para sostener la lucha y no dejar a todos esos resistentes en la cuneta. ■ **Declaraciones recogidas por BERNARD GUETTA.** (Copyright: "Le Nouvel Observateur".)

en mano sin que nadie sepa con exactitud a cuántas llega. Por lo que respecta a los miembros activos de la resistencia, su número total es difícil de calcular, porque sus acciones no son conocidas, sino en parte, sobre todo fuera de las grandes ciudades. El desarrollo de los internamientos psiquiátricos y la total falta de escrúpulos que muestran los Tribunales en la definición de los motivos de la condena impiden establecer un censo.

—Usted es feliz, naturalmente, de haber recuperado la libertad. ¿está igualmente contento de haber dejado la Unión Soviética?

V. B.—Cuando aterricé en Zurich, el responsable de la KGB que me acompañaba me hizo entrega de un pasaporte soviético con cinco años de validez. No se me ha privado, pues, de mi nacionalidad, y pienso que puedo volver si así lo deseo. Es esa una hipótesis que no excluyo en absoluto.

—¿Usted volvería, pues, a la Unión Soviética?

V. B.—Si fuera necesario para nuestro combate, claro está que sí.

—¿Cómo considera que puede tener más eficacia su lucha: dentro o fuera de la Unión Soviética?

V. B.—Ambas cosas son igualmente necesarias. Todo depende del momento, de la situación.

—¿Piensa usted que la sociedad soviética puede evolucionar o la considera usted como algo inmutable?

V. B.—La Unión Soviética, como cualquier otra sociedad, evoluciona. Sólo que la Unión Soviética lo hace lentamente y de modo incierto. Su motor principal es, como en otras partes, la llegada de nuevas generaciones. Otro elemento que influye sobre el primero lo constituyen las campañas pro derechos del hombre que lleva a cabo la resistencia desde mil novecientos sesenta y cinco aproximadamente y

